

vados deseos. Esto no quiere decir, con todo, que la representación externa de santos deba ser menos bella; por lo contrario, su belleza debería superar á la belleza profana en el mismo grado que la belleza celestial supera á la terrena. Lo que debe dominar en esta belleza es siempre el pudor y la expresión que convienen al lugar santo y al espectador que quiere edificarse y elevar su alma hacia Dios. Fra Angélico ha pintado santos que se parecen á los santos más que todos los demás, porque él mismo se parecía á ellos más que todos los otros. Un talento artístico tan perfecto sólo podía encontrarse en un hombre tan santo como él. Fra Angélico era, en efecto, un hombre justo y recto, un santo completo. Á propósito de su arte, tenía costumbre de decir estas palabras: «El que quiera hacer obras que tengan relación con Jesucristo, debe vivir en íntimo comercio con Jesucristo.»⁽¹⁾

(1) Vasari, *Vita de' pittori*, etc. Florencia, 1568, I, 362.

CUARTA PARTE

LA VIDA CRISTIANA

CONFERENCIA XIX

LA REGENERACIÓN

1. **Honorabilidad y dificultad del cambio y de la renovación.**—A principios del siglo XIII, vivía en Siena un joven, que, aun para la Edad Media, que tantos grandiosos ejemplos de pecados y de penitencias ofreció, llevaba una vida extraordinaria. Ya antes de su nacimiento, tuvo su madre una visión, según la cual daría á luz un monstruo horrible, que poco á poco tomaría forma humana. Y así fué en efecto. Desde la infancia, de tal modo se adelantó Franco á su edad en materia de vicios, que bien pronto llenó de desolación á su madre. Estudiante primero, luego soldado y finalmente ladrón de caminos, llevó una vida difícil de describir con palabras humanas. Robar y asesinar no tenían para él encanto alguno, si no podía cometer el crimen de modo que hiciese sentir su superioridad de espíritu á aquel que caía al golpe de su puñal; y si no podía jugar con Dios y con la muerte, no valía la pena de cometer un crimen.

¿Quién hubiera podido creer que, aun un monstruo semejante, era caro al corazón de Dios? ¡Cuántas veces los avances de la gracia debieron ser rechazados por aquel corazón de tigre! Pero Dios conoce su hora, y conocía también aquella en que aquel corazón debía dulcificarse. Franco lo había perdido todo en el juego, hasta sus vestidos; sólo le quedaba el odio contra Dios. Un día rebelóse contra

Dios, profiriendo una blasfemia horrible. ⁽¹⁾ Pero apenas hubo salido de sus labios esta palabra, cuando un fuego terrible fulguró ante sus ojos, algo, por decirlo así, como un sabor anticipado del lugar que mil veces había merecido. Casi ciego, se vió rechazado de todo el mundo, que huía de él como de un condenado. Entonces se ablandó su corazón, y, una vez enternecido, comenzó igualmente á comprender su inteligencia la importancia de los crímenes que había cometido. Entonces su voluntad de hierro, como ocurre ordinariamente con semejantes hombres, lo impulsó á la penitencia, con una fuerza tan grande como la que antes le había inducido al vicio.

Franco comenzó por ponerse en regla con Dios, y enseguida procuró reparar el daño que había hecho al mundo. Después de penosa peregrinación á todos los santuarios, después de obras de penitencia, realizadas en tal número y con tal austeridad en el retiro en que vivió como eremita durante varios años, que el pueblo lo consideraba como un santo, creyó, con todo, que nada había hecho aún. Entonces entró en la Orden del Carmen, y comenzó una nueva vida de expiación. Apoderóse de él una sed inextinguible de hacerse útil á los demás, pues quería por lo menos hacer felices y reconciliar con Dios á tantos criminales, como hombres había muerto y almas asesinado. Dios bendijo esta conmovedora penitencia. ⁽²⁾

Podría creerse que sería difícil encontrar alguien á quien semejante ejemplo no conmoviese hasta el fondo del alma. Sin embargo, un crítico, de ordinario no injusto, califica á este hecho profundamente trágico, de una de las más abominables y extrañas comedias de santos. ⁽³⁾

Si semejante espectáculo no es para el mundo más que una comedia, y si una penitencia tan severa no es más que una aventura extraña, en manera alguna podremos

(1) Hos tuum in despectum, qui dedisti, Deus, ludo depono, *Specul. Carmel.*, II, IV, n. 2742.

(2) Daniel a Virgine Maria, *Specul. Carmel.*, Antwerp. 1680, II, IV, p. 798-832.

(3) Schack, *Gesch. d. dram. Lit. und Kunst in Span.*, (1) III, 345.

ponernos de acuerdo con él, y preciso es que haya perdido la inteligencia para todo lo que es grande, emocionante y sublime.

Fácil es, en una sociedad de bebedores de equívoca conducta, burlarse de la blusa del aldeano y de las ampollas que el viñador muestra en sus manos; pero á nadie conviene menos la burla que á aquél que se aprovecha de los frutos del trabajo que desprecia. Esta conducta repugnante, que, no obstante, quiere todavía parecer distinguida, calificando de exageración á las penitencias católicas y á los santos, produce en nosotros un efecto muy penoso, por no decir descorazonador.

¿Quién sabe si estos desdeñosos no deben precisamente á la penitencia y al exceso de méritos de esos insensatos de que se mofan, el que no les haya alcanzado hace ya mucho tiempo el castigo de Dios, que tantas veces han merecido? Y aun en el supuesto de que no tengamos razón alguna para herir nuestro pecho con los publicanos, ¿es que todo aquél que ve más lejos no debe considerar como una acción verdaderamente grande el trabajo serio de penitencia y los esfuerzos hechos para conseguir la transformación interior?

Si el penitente no piensa en nada más que en reparar los extravíos que sus faltas han producido en su propia alma, ya ha hecho algo de grande y de admirable, algo que, en nuestra época, según parece, ya no es posible. ¿De dónde proviene, pues, esa baja peste de suicidio? Mientras que antiguamente los criminales terminaban una vida de vergüenza á tiempo todavía para comenzar una nueva vida de honor y de justicia, proponiéndose el restablecimiento del orden criminalmente violado, hoy el criminal huye cobardemente del teatro en que ha realizado sus estragos y devastaciones, y deja al mundo el cuidado de soportar las consecuencias de sus crímenes. Y una sociedad que come esta infamia y la defiende, ¿tiene valor para burlarse maliciosamente del penitente?

«Pues bien;—dice uno de estos burlones—¡si siquiera

estas almas cobardes, hastiadas, gastadas, no se encerrasen indolentemente en las celdas de los conventos, huyendo así del mundo! ¡Atrás semejantes seres! En medio del mundo tenéis que expiar lo que en él habéis hecho.»⁽¹⁾

Perfectamente, nos complacemos en contarnos entre estos penitentes, y aceptamos la indicación. Pero ¿no han obrado así los grandes penitentes hasta Pablo? ¿Y no es esto un nuevo motivo de vergüenza para el mundo? Mientras que los antiguos penitentes, después de haberse reconciliado con Dios, no se daban punto de reposo hasta volver al buen camino á centenares de descarriados por una sola persona seducida por ellos, el criminal de hoy día arrastra consigo hasta la muerte á la víctima que ha corrompido, ó llega hasta el extremo de imprimir á su huida de la penitencia el sello de lo grandioso, condenando á centenares de inocentes á la corrupción.

Sin embargo, el mejoramiento ó la acción de hacer á uno feliz no es concedido á todos, y, á nadie, el principio de su mejoramiento.

Primeramente, tiene uno que poner orden en sus cosas; sólo entonces, puede ayudar á los demás. Antes que practique la justicia para con los otros, debe procurar la reparación de ella en su propia persona.

Los que hablan aquí de comedias y de exageraciones de santos no tienen la menor idea de la fuerza admirable que se necesita para esto. Aun los hombres fuertes se espantan cuando se les dice: «Paga lo que debes; repara los crímenes que has cometido.» Pero esto no es más que el primer paso que debe dar un penitente. Después, viene el segundo, que consiste en reparar sus negligencias con relación al tiempo, á la gracia, al deber, á las buenas obras. Sólo entonces puede pensar en continuar su camino, á partir del punto en que antes se había parado en sus extravíos. Pero, después de transcurridos muchos años, quizás al borde de la tumba, volver á empezar y tener

(1) *Laienpredichten* (Halle, 1884), 313.

que cumplir en la mitad, quizás en la décima parte del tiempo, aquello mismo para lo cual Dios le había dado toda una larga vida, he aquí lo que ciertamente no es una comedia. El que puede hacer esto, es digno de todo honor, y merece el calificativo de carácter fuerte, si jamás hombre alguno lo ha merecido.

2. La ley fundamental de la sabiduría cristiana.—

No queremos decir con esto que el camino de la renovación moral deba partir del rompimiento con un pasado perdido; pero aun para aquellos que no han tenido un principio tan duro y tan penoso, hay sus dificultades y sus enojos, pues aun el que de nada ha de corregirse, siempre tendrá que acostumbrarse y habituarse.

De esta manera se renueva uno.⁽¹⁾ Y así deben renovarse todos, ya que no hay nadie á quien no alcancen estas palabras: «Renovaos, pues, en el espíritu de vuestro entendimiento, y vestíos del hombre nuevo, que fué creado según Dios en justicia y en santidad de verdad.»⁽²⁾ Esperamos que nadie encontrará molesta semejante exhortación, nadie por lo menos de los que son accesibles á la verdad cristiana. Esta religión no es para los despreciadores del publicano que quieren hacer creer que son justificados. Nuestro Señor, el Redentor del mundo, no vino á llamar á los justos, sino á los pecadores.⁽³⁾ Por esto es el Salvador de todos, ya que nadie es justo; todos han pecado y están privados de la gloria de Dios.⁽⁴⁾

Estos principios son el punto de partida de la obra de salvación para el cristiano. El que no quiera contarse entre los pobres pecadores y confesar que no es justo, jamás será justo, jamás será verdadero cristiano. Los justos empiezan siempre por confesar que son culpables,⁽⁵⁾ pero nadie los considera, por esta razón, como profundamente corrompidos; mas todos se dicen que están muy lejos de

(1) Cf. Cassian., *Collatio*, 2.

(2) Ephes., IV, 23, 24.

(3) Matth., IX, 13. Marc., II, 17.

(4) Rom., III, 10, 23.

(5) Prov., XVIII, 17.

ser lo que deberían ser, y que deben trabajar con el mayor ahinco si quieren conseguir la perfección á que aspiran.

Sabemos muy bien que, precisamente, en esto consiste la piedra de escándalo de la fe cristiana. ¿A qué conduciría ocultarlo ó atenuarlo? En definitiva, todo depende de que el mundo acepte este principio: la empresa de cada uno consiste en convertirse, de grado ó por fuerza, de pobre pecador en hombre. Tales como somos por nosotros mismos, nadie es hombre completo y verdadero, pero nadie lo será si no se convierte en cristiano completo y verdadero.

Por lo demás, ¿á qué defender por más tiempo al Cristianismo de una doctrina que constituye la gloria de esta religión, y ciertamente de ella sola? Quien busque una religión que prometa placeres, que lisonjee las comodidades, que ceda á las inclinaciones del hombre, una religión que se contente con algunos buenos impulsos y con obras á medias, no encontrará una sola, sino centenares de ellas. Pero el que busque una religión digna de Dios y útil al hombre, por consiguiente, una religión que se proponga seriamente hablar á la conciencia del hombre, y aun más, intervenir en los asuntos de esta conciencia, y conducirle luego á Dios, sólo encontrará una.

Entre todas las notas de la verdadera religión, ésta es sin duda una de las más ciertas. Sólo la religión cristiana se atreve á edificar sobre el esfuerzo personal para vencerse, en lugar de adular al hombre; sólo ella se atreve á exigir la acción, el esfuerzo serio, no según el capricho de cada uno, sino según las prescripciones de la ley; sólo ella se atreve á reclamar una regeneración completa.

Toda invención humana tiene de particular que, desde luego, pone de relieve lo que es agradable, y oculta cuidadosamente lo amargo; sólo que esta amargura reaparece con demasiada frecuencia, sin que se la busque.

Pero el Evangelio nos recuerda, en cada página, que debemos marchar por un camino estrecho y difícil, que de-

bemos luchar sin descanso, y con razón se gloria de habernos indicado esto por adelantado. ⁽¹⁾

Y esto con sobra de razón. No quiere espantarnos, ni aplastarnos con amarga severidad. La amargura y la opresión no existen en el espíritu de este Maestro, cuyo yugo es dulce y cuya carga ligera. ⁽²⁾ Pero tampoco quiere engañarnos ni extraviarnos. Debemos saber que es preciso un trabajo constante y serio para convertirnos en hombres y en cristianos, un trabajo que nadie puede hacer por nosotros, un trabajo cuyo dolor no podemos descargar sobre los demás, como los dolores de nuestro nacimiento ha debido soportarlos nuestra madre, un trabajo que absorberá todas nuestras fuerzas y toda nuestra vida.

Aquí se ofrecen á cada uno combates numerosos y esfuerzos personales considerables; pero, á diferencia de las vías del mundo, los caminos de Dios tienen de particular que sólo son penosos al principio, y que, á medida que por ellos se avanza, se hacen más fáciles. ⁽³⁾ El que entra en lucha valerosa y seriamente, gana tiempo y disminuye la amargura del combate; el que lucha con cobardía y á medias, tiene siempre que soportar doble carga. Pero nadie será coronado, si no lucha hasta el fin según las reglas, ⁽⁴⁾ y sólo resucitará con Cristo, quien haya muerto con Él. ⁽⁵⁾ Tal es la ley fundamental de la vida cristiana.

3. Hacerse cristiano es difícil, porque es difícil hacerse hombre.—Si es una ley penosa de cumplir, una ley de la que el corazón pueda en justicia lamentarse, preciso es, sin embargo, guardarse de acusar de ella á la fe cristiana. La verdadera causa de la dificultad propiamente dicha no depende del aspecto de nuestra empresa como cristianos, sino del de nuestras obligaciones como hombres. Ya hemos insistido repetidas veces sobre esta verdad, pero su importancia es tal, que todo lo que de-

(1) Joan., XIII, 16; XV, 20; XVI, 33. Matth., VII, 13; X, 24.

(2) Matth., XI, 30.

(3) Gregor. Magn., *In Ez.*, II, 5, 13.

(4) II Timoth., II, 5; IV, 7.

(5) Rom., VI, 8.

ella se diga, es poco. De aquí que la repitamos y digamos con toda la energía posible: «El yugo de Jesucristo es ligero, pero es muy duro el que pesa sobre los hijos de Adán desde su nacimiento.» ⁽¹⁾

Con esto, no quiere decirse que sea fácil convertirse uno en cristiano perfecto, ya que esto es más difícil de lo que muchos creen. Pero una de las causas principales de la dificultad consiste en que es difícil convertirse en hombre completo, y que nadie es un cristiano completo, si al propio tiempo no es un hombre completo. El cristiano es igualmente hombre como todos los hombres, y tal continúa siendo; ó mejor, para expresarnos con más claridad, cuando se exige de uno que sea cristiano completo, esta exigencia entraña también la de ser hombre completo.

No es superflua esta observación, ya que casi podría creerse que es éste un principio que el mundo no ha comprendido nunca, y que, en todo caso, apenas puede creer. Parece que muchos creen que la exigencia de ser cristiano es sinónima de la de despojarse del hombre. Lo que ordinariamente se considera como una injusticia con relación á los demás hombres, preciso nos es aceptarlo sin pestañear. En todo servidor del mundo, se excusa fácilmente lo que se censura en otro que lleva el nombre de Jesucristo, sobre todo si está revestido del hábito eclesiástico ó religioso. Se cree que estamos dotados de una insensibilidad, por no decir de una estupidez, que ni siquiera se supondría en un animal. El cristiano, el sacerdote, deben renunciar á toda especie de satisfacción; el religioso no debe comer, ni fatigarse, ni estar triste, y todo debe hacerlo gratis. ⁽²⁾ Pues bien, hermanos míos, cometéis una gran injusticia, tanto con respecto á nosotros, como con relación á vosotros. No tenéis el derecho de exigirnos nada más que la simple humanidad, ya que no queréis admitir más que el hombre y únicamente el hombre. Por otra

(1) Eccli., XL, 1.

(2) Sta. Teresa, *Vita*, cap. 31.

parte, os concedemos de buen grado el derecho de exigir de nosotros más que de simples humanistas; pero tened en cuenta que, por el hecho mismo, no pronunciéis nuestro propio juicio.

Con todo, esto es puramente accesorio. Pero ¿con qué derecho nos rehusáis algo de lo que es verdaderamente humano? ¿Es que, porque tenemos una empresa más vasta que realizar, no debemos tener ya derecho alguno á los miramientos y á la indulgencia que todo hombre debe á sus semejantes? Ó bien, ¿tan poco habéis trabajado sobre vosotros mismos, que no sabéis cuán difícil le es al hombre formarse? No nos avergonzamos de confesar que esas mismas pasiones que, como vosotros, hemos aportado á nuestra entrada en la vida, aceptan difícilmente el yugo que tratamos de imponerles.

Es ésta una verdad amarga; pero, por lo menos, no negamos que, en nosotros, el hombre se somete difícilmente á una disciplina, se revela con terquedad contra todo ennoblecimiento moral, se sustrae fácilmente á la menor negligencia y á la menor severidad. La gracia de Jesucristo no nos ha eximido de todo esto, no quiere ahorrarnos el trabajo de que nos convirtamos en dueños de nosotros mismos por nuestro propio esfuerzo. ⁽¹⁾ Era un santo, y ciertamente un gran santo, el que confundió á los hombres que le atormentaban con estas notables palabras: «He sido formado del mismo limo que vosotros; también tengo yo un corazón tan bueno como el vuestro. Mi fuerza no es de mármol, ni mi corazón de bronce.» ⁽²⁾ ¿Por qué nos avergonzaremos de hacer esta misma confesión? Quizás la codicia no exista en el mismo grado en el cristiano que en el pagano, que desprecia al primero á causa de sus luchas, de sus caídas, de sus suspiros y de su penitencia; pero el cristiano se duele más de su peso, porque concede más importancia á la pureza del corazón, y tiene que sufrir más de sus ataques, porque le hace una guerra encarnizada.

(1) Concil. Trident., s. 5, c. 5.

(2) Job, XXXIII, 6; XII, 3; VI, 12.